

de la palabra. Al poeta no le interesa tanto el mensaje evangelizador de sus versos como la embriaguez estética que producen. Entona su cántico convencido de la solemnidad ritual que lo dignifica. De ahí que Valentín Arteaga no sea un poeta mesiánico ni siquiera en las obras que temáticamente se aproximan más a la visión humanitaria que los poetas mesiánicos tienen del hecho poético. Sus versos, más que una pretensión catequística, tienen una pretensión estética; más que dirigirse al corazón humano se dirigen a los sentidos, a la imaginación, a la sensibilidad.

Otra de las recurrencias que presenta la obra de Valentín Arteaga, sobre todo en esta etapa central, es la fascinación por el fuego: "Cataratas de fuego me obsesionan", ha afirmado, consciente de ello, el propio poeta. Nos encontramos ante una poesía llameante, en permanente estado de ignición. Todo en la naturaleza se hace combustible: el viento, el mar, el paisaje calcinado de la Mancha... Cualquier estado de la materia, sólido, líquido o gaseoso, puede transformarse en una súbita hoguera de fascinante hermosura. La presencia del fuego puede tener, por un lado, una finalidad estética, puede ser un lujo verbal, un elemento embellecedor y mágico que intensifica la visión irracional, onírica, de su mundo poético:

"Cuánta tirante hoguera, cuánta noche
inundada de sol, ardidadas aves,
dibujándonos luces en las manos
que se ansían quemar de tantos árboles
como te están ardiendo, bello fuego".

Pero el fuego tiene, además, una clara función ritual. Es como una perenne lámpara votiva, como una antorcha inextinguible, como una llama cirial que arde mientras el poeta oficia la ceremonia de sus versos. Es un elemento mágico-ritual dotado de poderes no destructivos sino purificadores. En su búsqueda de la pureza original, Valentín Arteaga sitúa a la naturaleza toda bajo la acción de ese fuego omnipresente para, después del rito de la cremación, recuperarla ya purificada.

Pedro A. GONZALEZ MORENO

